

Acerca de la paz y la agresividad humana en la obra de Erich Fromm

José E. Moreno

INTRODUCCIÓN

Erich Fromm (1955, 1964, 1980, 1981, 1993) dedicó gran parte de su obra psicológica a la consideración de nociones clave como la libertad, el amor y la paz. Nació en Frankfurt am Main (Alemania) en el año 1900, y falleció en 1980. Fue testigo de las dos conflagraciones mundiales, de la llamada “Guerra fría” y el consiguiente temor al uso del arsenal termonuclear. Adoptó una activa postura pacifista y un humanismo social. Psicoanalista, culturalista y marxista heterodoxo, su enfoque de la paz, como también de muchos otros temas que ha considerado en su vasta obra, trascienden estos puntos de partida y representan significativos aportes para la comprensión de la sociedad contemporánea.

Michael Löwy (1997), en su estudio del judaísmo libertario de principios de siglo en Europa Central, describe el clima social e intelectual que permitió la emergencia de un “Mesianismo sin Mesías”, de una generación de intelectuales y de una corriente muy particular del universo cultural judío, que bebieron de fuentes alemanas (romanticismo) y judías (mesianismo, jasidismo). Críticos del capitalismo y del progreso técnico, fueron comunistas libertarios, místicos anarquistas

o utopistas románticos, cuyas aspiraciones eran construir un mundo radicalmente diferente, el Reino de Dios en la Tierra, el Reino de la Libertad y de la Paz. Sus ideales eran la comunidad igualitaria, el socialismo libertario, la rebelión antiautoritaria y la revolución permanente del espíritu. Löwy incluye en este movimiento cultural a Erich Fromm, Walter Benjamin, György Lukács, Ernst Bloch y también a Martin Buber, en su variante religiosa.

Este contexto cultural es clave para entender la obra de Fromm, evaluar sus aportes y realizar una crítica.

En esta era postcomunista, sin guerra fría entre dos bloques, que Fromm no alcanzó a ver, sigue vigente y es urgente continuar reflexionando sobre la paz. La guerra moderna provoca horrores cada vez más graves que pueden conducir a una catástrofe de la humanidad.

LA PSICOLOGÍA DE LA AGRESIVIDAD HUMANA Y DE LA PAZ

Fromm afirma que formular una teoría acerca de la paz requiere disponer de una teoría del hombre y de la sociedad, que dé cuenta muy especialmente del papel de la agresividad en la especie humana. Así nos dice “con referencia a la teoría del hombre, hablaré ante todo del ‘rol’ de la agresividad humana, de la especie humana, que se cita a menudo para fundamentar la

José E. Moreno es Licenciado en Psicología. Se desempeña como investigador adjunto del CONICET (CIIIPME) y docente de Psicología Evolutiva en la Universidad Católica Argentina y la Universidad Adventista del Plata.

afirmación de que la guerra es, a la larga, inevitable” (Fromm, 1981, p.174).

En este sentido, nos señala que una estrategia pacifista sólo puede lograr éxito si se despoja de ese carácter y se transforma en un humanismo radical, capaz de apelar al hombre total, al hombre de esta sociedad post-industrial, que padece de falta de vitalidad. Además, se precisa mostrar la imagen de un hombre nuevo y de una nueva sociedad.

Fromm se interroga si el hombre es un lobo o un cordero, o quizá si es a la vez lobo o cordero, o no es ni uno ni otro. Responder a estas preguntas tiene hoy una importancia decisiva, cuando las naciones poseen fuerzas destructoras que ponen en peligro la vida misma en nuestro Planeta.

Es necesario, en primera instancia, distinguir los conceptos de agresividad y destructividad. Se habla de la agresividad de un niño cuando, por ejemplo, grita o llora porque quiere algo, a diferencia de cuando adopta una actitud pasiva frente al medio. Esta agresividad, propia del hombre que persigue un fin, debe diferenciarse de la destructividad de un hombre que mata o tortura a un semejante. Se habla de fenómenos absolutamente distintos y en parte contrapuestos, que no se los puede remitir a una sola y misma causa.

La agresividad de acción no obedece a un deseo de destruir.

Para Fromm el concepto más importante en discusión acerca de esta problemática es la idea de la existencia de un instinto de destrucción, de una tendencia innata, de modo semejante al instinto sexual. El modelo freudiano con su instinto de muerte, y más recientemente, la obra del etólogo Konrad Lorenz, a su modo, han adoptado este concepto.

Por lo tanto, el hombre buscaría objetos que le permitieran liberar su instinto destructivo, tal como en el ámbito de la sexualidad busca objetos para satisfacer dicho instinto. El hombre va creando los vínculos

Los intentos realizados por estudiar la naturaleza humana a partir de las relaciones sociales, no difieren mucho del estudio que se hace de determinadas conductas animales del zoológico.

interpersonales y las relaciones en general, mediante los cuales puede ir liberando su destructividad, que le es innata y que se va potenciando sin cesar.

Para Fromm es insostenible la suposición de la existencia de un instinto de destrucción análogo al instinto sexual. La neurofisiología ha puesto en evidencia la existencia de centros de excitación y de inhibición de la agresividad, que demuestran que no tiene lugar una autoexcitación espontánea y en progresivo aumento.

Pero también considera insostenible la teoría de la destructividad como consecuencia de la frustración, es decir, como algo puramente aprendido. Esta teoría ignora la existencia de centros cerebrales, que al ser excitados, provocan reacciones agresivas.

Podemos resumir la postura de Fromm en las siguientes afirmaciones: a) existe una disposición innata a la agresión que es movilizadora por ciertos estímulos, no crece en forma espontánea ni actúa por sí misma como la sexualidad; b) no existe un instinto de destrucción o de muerte que deba ser permanentemente controlado, sino una disposición destructiva que siempre está lista para reaccionar ante determinadas situaciones, y c) la agresión surge cuando están amenazados intereses vitales del individuo.

En relación a la afirmación tan común de que la agresividad es una tendencia innata propia de todos los seres vivientes, señala que el hombre es más agresivo y destructivo que los animales. El hecho de tener mayor conciencia, de ser autoconsciente, le otorga mayores posibilidades de agresividad.

La misma agresividad reactiva ante la amenaza de intereses vitales es diferente en el hombre. En el animal, ésta se da cuando la amenaza es inmediata. El hombre puede anticipar y prever peligros, tanto inmediatos como futuros.

El hombre crea símbolos con los cuales se identifica. Atacar a sus símbolos y valores es como atacarlo

a él, a sus intereses vitales. Las ideas que sostiene, los ídolos que a veces construye y reverencia, producen una reacción agresiva si son cuestionados.

Además, el hombre es bastante sugestionable, se lo persuade con facilidad acerca de que sus intereses están amenazados.

Esta agresividad reactiva del hombre es, en principio, la misma que la del animal, pero por los motivos mencionados resulta monstruosamente más amplia y profunda que la de éste.

El verdadero problema en este tipo de agresividad reactiva no lo constituye la existencia de un instinto de destrucción, sino la dependencia del hombre respecto de ideologías e ídolos, la falta de reflexión y crítica, la sugestionabilidad, y en general, la falta de un desarrollo pleno.

Según Fromm, el hombre hasta el momento actual ha vivido en cierto modo en cautividad. Cautivo de estructuras sociales que se apoyan en principios de fuerza y de explotación, cautivo psicológicamente de ídolos e ideologías. Los animales muestran rasgos agresivos en cautividad, que no aparecen cuando viven en libertad. Los intentos realizados por estudiar la naturaleza humana a partir de las relaciones sociales no difieren mucho del estudio que se hace de determinadas conductas animales en el zoológico. Fromm nos dice que, irónicamente, desde hace algún tiempo se comenzó a estudiar a los animales en libertad, cosa que no se ha hecho posible todavía con el hombre.

Un segundo tipo de agresividad, totalmente diferente de la reactiva, es la que denomina “destrucción cruel o sádica”. La considera específicamente humana y, si bien no es primariamente sexual, suele expresarse en la sexualidad.

Las raíces de esta destructividad se encuentran en los sentimientos de impotencia que han acompañado al hombre a lo largo de la historia.

Al sentirse impotente, por una parte, intenta crear, en particular crear lo viviente. El acto de crear y la vida son algo maravilloso, y propio de quien tiene un gran poder. El hombre se siente impulsado por

trascender el papel de criatura y la accidentalidad de su existencia, de su nacimiento y de su muerte, haciéndose creador. Puede crear vida teniendo un hijo o cuidándolo. A su vez, a diferencia de los animales, tiene conciencia de ser creado y de ser creador. Pero la creación requiere esfuerzo, disciplina y utilización de todas las capacidades humanas.

Por otra parte, cuando es incapaz de crear, recurre a la destructividad cruel, intenta superar el sentimiento de impotencia mediante una vivencia omnipotente sobre los hombres y las cosas, que se manifiesta en el control absoluto de las mismas, hasta el límite de su destrucción o tormento. Según Fromm, el fracaso de crear lo vivo, el sentirse impotente, llevan al intento de destruir lo vivo, puesto que la destrucción de lo que tiene vida es experimentada como algo tan maravilloso y todopoderoso como la creación de vida. Destruir la vida también es trascenderla. Es otra manera de satisfacer esa necesidad de trascendencia, si no puede crear vida, se la puede destruir. En el acto de destrucción el hombre se pone por encima de la vida.

Esta clase de destructividad, que es privativa del hombre, se origina en el conflicto existencial, producto de la toma de conciencia de su debilidad como animal y de su debilidad como ser racional. Algunas personas intentan superar este sentimiento de impotencia mediante la destructividad sádica omnipotente, que es propia de aquellos hombres que carecen de fuerza creadora y se refugian en la vivencia omnipotente de la ruptura de todos los límites de la existencia humana, de ser un dios dueño de la vida de otros seres.

Albert Camus, en su obra *Calígula* (1949), describe perfectamente este tipo de personas crueles y destructivas.

El enorme poder de la voluntad de destruir está enraizado en la naturaleza humana. El hombre es capaz de desarrollar su potencialidad primaria para crear y amar. Pero también es capaz de desarrollar esa potencialidad secundaria denominada destructividad, que está enraizada en su misma existencia y que posee la misma intensidad y fuerza que puede tener cualquier otra pasión.

La satisfacción de la necesidad de crear conduce a la felicidad, la destructividad, al sufrimiento, en particular para el destructor mismo.

Para Fromm existe una tercera forma de destructividad y la denomina necrófila.

Necrofilia, en psicopatología, es un término utilizado para definir un tipo de perversión caracterizada por el interés sexual por un cadáver. Es una perversión poco frecuente.

Fromm toma este término en un sentido caracterológico para definir la atracción de ciertas personas por todo lo que está muerto, sin vida o por morirse, lo meramente mecánico como opuesto a lo viviente. La fascinación por la muerte está presente en la cultura musical actual, así existen conjuntos que se denominan “Todos tus muertos”, “Rigidez cadavérica”, “Tendencias suicidas”, entre otros. De modo semejante se usan expresiones como “estoy muerto por”, “eso me mata”.

El necrófilo se caracteriza también por amar a la fuerza, a la capacidad de destrucción. La relación que establece con los objetos supone su posesión, control o dominio y el acto de controlar y el deseo de posesión lo llevan a matar la vida. Lo vital es temido por incontrolable, por desordenado.

Fromm denomina “biofilia”, por el contrario, al amor por la vida. La biofilia caracteriza a aquellas personas que experimentan una alegría especial ante la presencia de un ser viviente, de todo lo que crece, lo que posee una estructura, y de todo lo que es capaz de configurarse a sí mismo, a diferencia de lo mecánico y no viviente.

El impulso sexual, aunque biológicamente está al servicio de la vida, no es necesariamente el único que expresa la biofilia psicológicamente.

Si bien las nociones de biofilia y necrofilia guardan cierta analogía con las nociones freudianas de instinto de vida y de muerte, para Fromm la necrofilia es algo patológico, mientras que para Freud, el instinto de muerte es biológicamente normal.

Para comprender la destructividad en la sociedad contemporánea, Fromm nos dice que además de tener

una teoría del hombre, es necesaria una teoría de la sociedad. Remarca muy especialmente que la segunda revolución industrial ha creado condiciones culturales y sociales que favorecen el incremento de la agresividad humana a partir de la creciente separación entre afecto e intelecto. Esta separación facilita la hostilidad y la indiferencia respecto de la vida.

Esta indiferencia por lo viviente está en la base de la disposición a destruir a los otros y a sí mismo.

Una paz efectiva solamente puede garantizarse si se superan estas condiciones socioculturales y se tiene muy en cuenta la naturaleza de la agresividad del hombre.

ACERCA DE LA NOCIÓN DE PAZ

Fromm distingue dos acepciones de la noción de paz. En sentido positivo es un estado fraternal de armonía entre los hombres. En sentido negativo es la ausencia de guerra, la no utilización de la fuerza para el logro de determinados fines.

Lógicamente, se adhiere a la noción positiva de paz y considera como su mejor expresión la dada por el concepto profético de tiempo mesiánico, es decir, la época en que los hombres vivirán en armonía entre sí y con la naturaleza. Un momento en el que los hombres alcanzarán su pleno desarrollo, el despliegue pleno de su capacidad de razonar y de amar. Nos dice que la palabra hebrea *shalom* utilizada para designar “paz” en el Antiguo Testamento, expresa la idea de totalidad, armonía y plenitud.

Para Fromm este concepto positivo de paz se prolongó en el pensamiento cristiano, y el marxismo lo adoptó, dándole una forma secular.

Pero hoy en día predomina la noción negativa de paz como evitación de la guerra. Las estrategias de paz se basan en este sentido de la noción. De este modo, los estrategas de la paz contemporáneos proponen el establecimiento de un poder supranacional con la suficiente capacidad disuasiva para evitar guerras y conflictos bélicos (Organización de las Naciones Unidas, gobierno mundial). Proponen el equilibrio de fuerzas y de poder, suponiendo que el hombre siempre actúa

racionalmente, es decir, que si utilizar la fuerza contradice su interés, su razón le aconsejará no pelear. Así nació el cálculo bélico con juegos de simulación para analizar alternativas. Pero con la guerra nuclear, química o biológica, la fuerza ha perdido su racionalidad, la victoria bélica ya no asegura los fines, pues puede llevar a la propia destrucción.

Para Fromm los luchadores de la paz no deben hacerse ninguna ilusión sobre la racionalidad de la fuerza.

Debido a que el hombre contemporáneo reverencia las cosas materiales y ha perdido el respeto por la vida, tanto por la propia como por la de sus congéneres, está ciego no sólo para percibir los principios morales, sino también para pensar en bien de su supervivencia. El hombre está en peligro de transformarse en un autómatas deshumanizado y se halla al borde de su autodestrucción. No es suficiente una sociedad en que esté prohibida la esclavitud. Si las condiciones sociales fomentan la existencia de autómatas, el resultado será el amor a la muerte y no a la vida.

ALGUNAS CONSIDERACIONES CRÍTICAS

Erich Fromm, como muy pocos psicólogos en este siglo, ha intentado descubrir en el corazón del hombre y en el análisis de la sociedad las claves para diseñar una estrategia para la paz. Sus ideas acerca de la destructividad del hombre son muy originales y constituyen un verdadero aporte.

Sin realizar un análisis sistemático, haré algunos comentarios críticos.

En la introducción mencioné el ideario libertario y antiautoritario de la generación de intelectuales a la que pertenecía Fromm. Para él la idea de orden es propia del carácter sádico-anal, autoritario, necrófilo. La vida y la creación las ubica en el polo opuesto al orden. El orden es para Fromm un orden mecánico que limita y destruye la vida e impide la creación. El hombre evoluciona mediante actos de desobediencia, como

El hombre se siente impulsado por trascender el papel de criatura y la accidentalidad de su existencia, de su nacimiento y de su muerte, haciéndose creador.

Adán o Prometeo. La desobediencia es interpretada como coraje para ser libre. Así nos dice: “Reyes, sacerdotes, señores feudales, patrones de industrias y padres han insistido durante siglos en que la obediencia es una virtud y la desobediencia es un vicio. Para presentar otro punto de vista, enfrentemos esta posición con la formulación siguiente: la historia humana comenzó con un acto de desobediencia, y no es improbable que termine por un acto de obediencia” (Fromm, 1993, p. 9). Posteriormente agrega:

mente agrega:

... el “pecado original”, lejos de corromper al hombre, lo liberó; fue el comienzo de la historia. El hombre tuvo que abandonar el Jardín del Edén para aprender a confiar en sus propias fuerzas y llegar a ser plenamente humano ...Como para el mito hebreo de Adán y Eva, y también para el mito griego de Prometeo toda la civilización humana se basa en un acto de desobediencia. Prometeo, al robar el fuego a los dioses, echó los fundamentos de la evolución del hombre. No habría habido historia humana si no fuera por el crimen de Prometeo. Él, como Adán y Eva, fue castigado por su desobediencia. Pero no se arrepintió ni pidió perdón. Por el contrario, dijo orgullosamente: “Prefiero estar encadenado a esta roca, antes que ser el siervo obediente de los dioses”. (pp. 9-10)

El hombre continuó evolucionando mediante actos de desobediencia. Su desarrollo espiritual sólo fue posible porque hubo hombres que se atrevieron a decir no a cualquier poder que fuera, “... Si la humanidad se suicida, será porque la gente obedecerá a quienes le ordenan apretar los botones de la muerte; porque obedecerá a las pasiones arcaicas de temor, odio y codicia; porque obedecerá a clisés obsoletos de soberanía estatal y honor nacional” (Fromm, 1981, pp. 10-11).

Pensamos que Fromm no tiene en cuenta que la libertad interior de una persona supone un orden interior, el cual le impide ser dominado por pasiones o exigencias externas. Vivir, crear, es aceptar un orden dado y tratar de perfeccionarlo. Romano Guardini nos recuerda que:

... podrá parecer extraño oír que la libertad procede del orden, estando acostumbrados a tener por el más libre al vagabundo, que vive únicamente del momento, sin someterse ni depender de nada. Mas ser libre no significa eso, sino

independencia del interior respecto del exterior, de lo profundo respecto de lo superficial, de lo eterno respecto del momento, de lo noble respecto de lo que carece de valor. Lo noble, lo eterno, lo interior, deben ser protegidos para que no sean arrollados por lo fútil, por el momento, por lo superficial, por lo exterior. Y esto se logra por el orden. (1984, p. 101)

Así también, la paz social supone un orden justo. Construir una sociedad afianzando la paz, supone desplegar acciones en un orden temporal, seguir etapas, no sacrificar lo importante a lo urgente. La paz se encuentra inevitablemente vinculada a un orden social, que debe ser garantizado por la autoridad legítima. El orden justo entre los seres humanos es el fundamento de la paz.

Respecto de la obediencia y la desobediencia, Fromm pertenece al grupo de los que piensan que al obedecer, uno sacrifica su propia personalidad, negando su capacidad de iniciativa, su libertad y su creatividad. Olvida que a veces el apego a la propia voluntad, esclaviza, y que la obediencia y la participación en la vida comunitaria organizada son la fuente de la verdadera libertad.

El espíritu anárquico ha puesto en duda la necesidad de contar con autoridades y ha exaltado la rebeldía. Pero el miedo a la autoridad tiene consecuencias tan temibles como el miedo a la libertad.

La visión evolucionista del hombre, lo lleva a Fromm a priorizar la flexibilidad, la adaptabilidad, la mutabilidad de la naturaleza humana, y no apreciar suficientemente el orden y la estructura de lo viviente.

No juzgar correctamente la noción de orden puede conducir a formular estrategias para la paz inadecuadas e ineficaces.

La paz en la tierra es una profunda aspiración de los hombres de todos los tiempos, pero no se puede alcanzar ni asegurar si no se respeta el orden establecido por Dios. El hombre debe descubrir ese orden y crear los medios para poner las cosas a su servicio.

REFERENCIAS

- Camus, A. (1949). *El malentendido. Calígula*. Buenos Aires: Losada.
Fromm, E. (1955). *The sane society*. New York: Holt, Rinehart and Winston.

- Fromm, E. (1964). *The Heart of Man*. New York: Harper and Row.
Fromm, E. (1980). *Anatomía de la destructividad humana*. Madrid: Siglo XXI.
Fromm, E. (1981). *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Paidós.
Fromm, E. (1993). *Sobre la desobediencia y otros ensayos*. Buenos Aires: Paidós.
Guardini, R. (1984). *Cartas sobre autoformación*. Buenos Aires: Emmanuel.
Löwy, M. (1997). *Redención y utopía*. Buenos Aires: Ediciones El Cielo por Asalto.